

“EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LA FE EN LA RESURRECCIÓN” (1)

En un pequeño libro editado por Bayard se recogen las meditaciones espirituales sobre la resurrección formuladas por Joseph Moingt durante la Cuaresma de hace dos años en la iglesia de Saint Ignace de la Compañía de Jesús en París (2).

Se trata de seis meditaciones dadas por el Padre Moingt sobre el tema de la fe en la resurrección de Jesús. El asunto que hoy nos ocupa forma parte de la tercera de las meditaciones – Historia de la salvación y resurrección – y se refiere con caracteres de insospechada originalidad al comienzo y contenido de la salvación operada en nosotros por obra de Jesús.

Indagando sobre la verdadera significación de la fe en la resurrección de Jesús, Moingt nos dice que no se trata de creer simplemente que él (3) está desde entonces “vivo en la beatitud celeste: esto podría no ser más que credulidad, homenaje rendido a un héroe. La fe verdaderamente salvadora es la que confiesa la salvación realizada en él para toda la humanidad. La salvación, añade, no ha sido solamente prometida, reenviada a un futuro lejano e indeciso. No está ciertamente acabada pues comprende el curso entero del tiempo. Mas la resurrección general de vivos y muertos ha comenzado ya en Jesús: la de los vivos porque enterrados con él por el bautismo en su muerte estamos destinados a revivir con él (Rm 6, 4-5) e incluso ya resucitados (Col 2, 12) (4) arrastrados por la corriente de su resurrección afirma San Pablo y, la de los muertos, igualmente explica el propio Apóstol, se distribuye a lo largo de los tiempos y se prosigue hasta el fin de los mismos a la manera de una obra colectiva, de la construcción de una casa en la que todos los que viven y mueren en Cristo son a la vez los artesanos y los materiales” (5).

Visión exaltante y exigente según el autor de estas meditaciones. La resurrección continúa el Padre Moingt (6), no nos ha sido propuesta como un descanso en la lejana beatitud de las preocupaciones de la tierra ni como una recompensa individual costosamente adquirida ni tampoco como un espejismo arrojado en el futuro inalcanzable de una explosión cósmica. Es un don, sí, pero también un trabajo a desarrollar con Cristo; para la eternidad, sí, pero desde ahora y desde aquí abajo. Resucitar en él es llevar su carga de humanidad, cargar con el futuro del mundo, participar en la obra creadora de Dios, actualizar su diseño sobre el universo, introducir pacientemente en el mundo una humanidad nueva liberada de sus odios y temores, reconciliada con ella misma por el vínculo del Espíritu Santo. Tal es el entendimiento del Reino de Dios, puesto en marcha dentro de los límites de tiempos y espacio para prolongarlos hasta el infinito, que se desvela en la fe en la resurrección de Jesús acaecida a todos por Jesús.

En consecuencia creer en la resurrección de Jesús de manera eficaz para la salvación es creer que estamos y queremos implicarnos en ella para la travesía de la vida, desear que nos invada y nos arrebate, confiarle nuestras ganas de vivir y de ser dichosos. Pablo nos la enseña en términos rigurosamente adecuados de vida y de muerte: resucitar en Cristo es morir con él al pecado, al egoísmo de la carne para vivir con él una vida del todo entregada a los demás y a Dios (Rm 6). La fe en la resurrección de Jesús no es la creencia en un prodigio insólito ni en el mito de otro mundo; es una inserción en una visión de historia, una orientación de vida, una decisión de todos los instantes, un

compromiso a vivir una vida siempre nueva porque haya sido arrancada sin cesar a la complacencia en sí mismo, a la inercia, a la suficiencia: allí está la verdadera dificultad de creer en la resurrección y en la seriedad de la fe que ponemos en ello”.

Comprender cuanto antecede no es posible sin contar con el don del Espíritu Santo que es precisamente fruto de la muerte y de la resurrección de Jesús, operador y garante de la nuestra.

En Pentecostés se verifica el cambio radical experimentado en la mentalidad de los Apóstoles como consecuencia de la venida sobre ellos del Espíritu conforme a la promesa que, habían recibido en este sentido pues como nos insiste Moingt “la revelación no se hace sin fe que es don del Espíritu que aclara la inteligencia, calienta el corazón, mueve la voluntad para hacernos comprender, amar y aceptar la Palabra de Dios, en tanto en cuanto interpelación de Dios que entra en relación para comunicarse con nosotros” junto con la resurrección de Jesús, el autor de nuestro libro entiende que el don del Espíritu, su habitación en nosotros “es también el todo del Evangelio de la fe cristiana como fruto inmediato que nos transporta la energía de la resurrección, la vida del Resucitado y alarga hasta nosotros su unión con el Padre.

Volviendo al contenido de nuestra salvación en las “Meditaciones espirituales de Saint Ignace” también hace Moingt referencia al ministerio de reconciliación entendido tal y como San Pablo ⁽⁷⁾ dijo haberlo recibido de Cristo, es decir, no limitado a la vuelta de los pecadores a la gracia de Dios por la remisión de los pecados, convertido en uno de los sacramentos de la Iglesia, sino como vocación que incumbe a todos los fieles para trabajar por la paz y la unidad entre los hombres como testimonio de Jesús enviado por el Padre a este fin ⁽⁸⁾.

“Los cristianos deseosos de anunciar la resurrección de Jesús, concluye el Padre Moingt, se sentirán por lo tanto colectivamente responsables del ministerio de reconciliación que no concierne tan solo a los destinos eternos de los individuos, sino que se interesa también en la marcha de la humanidad en los tiempos y realidades terrestres a través de los cuales la humanidad es llamada desde ahora a transformarse en nueva creación”.

Como ya advertí al comienzo de mi breve divagación, la singularidad de estas Meditaciones Espirituales radica en la originalidad de profundizar en la búsqueda de un contenido para nuestra vida en salvación operada con la resurrección de Jesús para quienes voluntariamente la acepten.

De la casi perpetua polémica entre necesidad de las obras o suficiencia de la gracia, la imposición de esta última – “te basta mi gracia” – pareció agotar el tema entre los teólogos. Pocos o ninguno, según mi experiencia se habían preocupado de diseñar un programa para los que habíamos resucitado con el Señor. Joseph Moingt, preocupado con el desarrollo de la “nueva creación” lo hace ahora solicitando nuestra adhesión a una dinámica del todo ilusionante.

Gloria al Señor.
Madrid, 30 de marzo de 2010
Fernando Escardó

NOTAS

- (1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.
- (2) L'Évangélie de la résurrection. Meditations spirituelles” de Joseph Moingt S.J. Bayard 2008.
- (3) Respetamos la idea del autor al transcribir estos pronombres con minúscula.
- (4) “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos (Col, 2, 12).
- (5) “En él, también vosotros sois conjuntamente integrados en la construcción para llegar a ser una morada de Dios en el Espíritu (Ef 2, 20-22).
- (6) Joseph Moingt es uno de los más grandes teólogos franceses. Ha enseñado sucesivamente en la facultad jesuítica de Lyon-Fourvière, en el Instituto Católico de París y en las facultades parisinas del Centre Sèvres. Ha dirigido asimismo la revista de Investigaciones de Ciencia Religiosa; es autor de múltiples obras, entre otras, la famosa cristología en cuatro tomos comenzada con el tantas veces editado “L'Homme qui renaît de Dieu”.
- (7) 2 Co 5, 18.
- (8) Jn 17, 21-22.

Madrid, 30 de marzo de 2010